

mo de reflexiones más que para pedir noticias de sus generales, algunos de los cuales le acompañaban, entre los heridos que el citado cuadro de la guardia conducía en sus filas. Se ignoraba la suerte que había cabido a Ney. Se sabía que Friant, Cambronne, Lobau, Duhesme y Durutte estaban heridos, y su suerte inquietaba, porque los prusianos degollaban á cuantos tenían la desgracia de caer en su poder. Los ingleses (preciso es hacerles esta justicia), sin conservar en esta encarnizada guerra toda la humanidad que se deben entre sí las naciones civilizadas, eran los únicos que respetaban á los heridos. Cambronne, cuyas heridas eran de las más graves, mereció ser respetado y recogido por ellos. Por lo demás reinaba tal estupor en el cuadro que contenía á Napoleón, que todos marchaban sin interrogarse: sólo Napoleón dirigía algunas palabras tan pronto al mayor general como á su hermano Jerónimo que no le abandonó. Algunas veces, cuando los escuadrones prusianos se aproximaban demasiado, se hacía un alto para rechazarlos con el fuego del lado que atacaban, y después emprendían de nuevo su marcha triste y silenciosa, viéndose asaltados de cuando en cuando por el torrente de los prófugos ó por el de la caballería enemiga. De esta manera llegaron á Genappe á cosa de las once de la noche. Los carros de la artillería estaban acumulados en el puente de esta villa, obstruyéndole de tal manera que no fué posible atravesarle. Por fortuna el Thy, que pasa por Genappe, era fácil de vadear y cada cual se lanzó al agua para llegar á la opuesta orilla. Esto redundó en beneficio de los prófugos, tratándose de atravesar un arroyo que para ellos no era un obstáculo, mientras que lo era para el enemigo formado en cuerpos de ejército.

Al llegar á Genappe abandonó Napoleón el cuadro de la guardia en el que había encontrado asilo. Los otros cuadros llenos de heridos y de prófugos concluyeron por disolverse. A partir de Genappe cada cual se retiró lo mejor que pudo. Los soldados de la artillería, no pudiendo conservar sus cañones, que por lo demás importaban menos que los caballos, cortaron los arreos y se llevaron los tiros. Como se ve, dejaron en poder del enemigo cerca de doscientos cañones, ninguno de los cuales había sido cogido durante la batalla; y lo que es más notable, los franceses sólo perdieron una bandera, porque el cabo de caballería de lanceros Urbán reconquistó la del 45, una de las dos cogidas al cuerpo del general de Erlón. El enemigo no hizo más prisioneros que los heridos. Aquella fatal jornada costó á la Francia veintitantos mil hombres, comprendiendo en este número los cinco ó seis mil heridos que quedaron en poder de los ingleses. Cerca de veinte generales habían sido heridos más ó menos gravemente. Las pérdidas de los ingleses igualaban sobre poco más ó menos á las de la Francia; las de los prusianos podían valuarse en diez y ocho mil hombres. La jornada había, pues, costado más de treinta mil hombres á los aliados, pero no les había costado como á los franceses la victoria. El duque de Wellington y el mariscal Blücher se encontraron entre la Belle-Alliance y Planchenois y se abrazaron, felicitándose por el inmenso triunfo que acababan de conseguir. Podían felicitarse con razón, porque el uno con su indomable firmeza y el otro con su ardor para emprender de nuevo la lucha habían asegurado el triunfo

de la Europa sobre la Francia, y reparado con creces su torpeza de dar la batalla delante de la selva de Soignes. Después de las expansiones de una alegría muy natural, Blücher, cuyo ejército no había sufrido tanto como el inglés, y cuya caballería se hallaba intacta, se encargó de perseguir á los derrotados, misión que convenía al furor que los prusianos abrigaban contra los franceses. En aquella noche cometieron horrores indignos de su nación, y asesinaron, si damos crédito á la tradición local, al general Duhesme, que estando herido cayó en sus manos.

Afortunadamente si la caballería prusiana no había sufrido el cansancio moral de la batalla, había experimentado el cansancio físico de la marcha, y se detuvo al borde del Dyle. Los soldados franceses pudieron, pues, llegar al Sambra y atravesarle por Charleroy, por el Chatelet y por Marchiennes-au-Pont. En todas partes acogieron los belgas á los heridos y á los prófugos con el amor de antiguos compatriotas. El año 1814 les inspiró un profundo odio contra los prusianos, y despertó en su alma los sentimientos franceses. Sintieron muchísimo la derrota y dieron asilo á cuantos soldados acudieron á refugiarse cerca de ellos.

En Charleroy fué inmensa la aglomeración, aunque menor que en Genappe; pero la división Girard, al mando del coronel Matís, protegió el pasaje. Napoleón se detuvo algunos instantes en Charleroy con el mayor general y su hermano Jerónimo para expedir órdenes. Envió un oficial al general Grouchy para que le refriese de viva voz los tristes detalles de la batalla del 18 y le prescribiese que se retirase hacia Namur. Confió al príncipe Jerónimo el mando del ejército, le dejó al mariscal Soult en calidad de mayor general, recomendó á entrambos que reuniesen lo más pronto posible los restos de las tropas á fin de conducirlos á Laón, y partió con dirección á este punto proponiéndose reunir en él todos los recursos que estuviesen á su alcance después de la catástrofe sufrida. Después se encaminó hacia Philippeville acompañado de unos veinte jinetes, pertenecientes á los diversos cuerpos del ejército.

En presencia de este espantoso desastre, sucediendo á una brillante victoria conseguida dos días antes, se preguntarán nuestros lectores qué sucedió á Grouchy y qué había hecho de los treinta y cuatro mil hombres que Napoleón le había confiado. Hemos visto á este mariscal perder la mitad del día 17 en buscar á los prusianos en donde no estaban, descuidando durante el mismo día la marcha de su infantería, que llegada temprano á Gembloux hubiera podido muy bien seguir la pista á los prusianos al día siguiente, 18, desde las primeras horas de la madrugada. Sin embargo, todavía hubiera podido repararse el mal y hasta convertirse en un gran bien, si la jornada del 18 hubiera sido empleada como era debido. En Gembloux concluyó el mariscal Grouchy por entrever la marcha de los prusianos, por comprender que en vez de procurar llegar al Rhin por Lieja, querían reunirse con los ingleses por Wavre, bien por delante ó detrás de la selva de Soignes. No había podido desconocer que su verdadera misión consistía en impedir á los prusianos que se repusiesen de su descalabro, y sobre todo la de separarlos de los ingleses. Tampoco sobre esta segunda parte de su misión, la más importante, tenía la menor duda, puesto que al

escribir por la noche á Napoleón le prometía procurar á toda costa conservar á Blücher separado del duque de Wellington. En esta disposición de ánimo, hubiera debido ponerse en marcha el 18 desde el amanecer, es decir, á las cuatro de la mañana lo más tarde, lo que hubiera podido hacer muy bien, porque su infantería no había andado el día anterior más que dos leguas y media. Pero, como se ha visto, dió las órdenes de partir, á las seis al cuerpo de Vandamme y á las siete al de Gerard. Su caballería fué dirigida parte por el camino de Wavre y parte por el de Lieja, como un último sacrificio en aras de las erróneas ideas que le habían dominado la víspera. Era una inmensa torpeza, cualquiera que fuese la suposición que abrigase; era una inmensa torpeza, repetimos, la de partir tan tarde, cuando tenía que perseguir vivamente á un enemigo vencido, y sobre todo cuando necesitaba no perderle de vista, para impedirle que se lanzase contra Napoleón. Por otro descuido más imperdonable si cabe, el servicio de las distribuciones, fácil en un país tan rico, no había sido asegurado con anticipación, de modo que esto retrasó todavía más la partida de las tropas.

Así, pues, á pesar de la orden de marcha dada á las seis al cuerpo de Vandamme y á las siete al de Gerard, el primero no pudo salir de Gembloux hasta las ocho y el segundo hasta las nueve. La retaguardia de la infantería no se puso en movimiento hasta las diez. Además, dirigidos los cuerpos por un solo camino sembrado de numerosas aldeas que presentaban á cada instante estrechos desfiladeros, estropeado por la lluvia y el pasaje de los prusianos, avanzaron lentamente y se vieron obligados á hacer largas paradas. El de Vandamme, que se hallaba á la cabeza, suspendió muchas veces su marcha y especialmente después de atravesar á Sart-á-Valhain se detuvo mucho tiempo en Nil-Saint Vincent (1). Al detenerse, obligaba al cuerpo del general Gerard á hacer lo mismo y toda la columna quedaba inmóvil. Estos retrasos, no sólo eran consecuencia de la torpeza de encaminar á todas las tropas por una sola vía, sino también de las incertidumbres del mariscal Grouchy, quien no pudiendo ya dudar de la retirada de los prusianos hacia Wavre, titubeaba todavía respecto de la dirección que debería seguir, y propendía á creer que una parte de ellos había tomado el camino de Lieja. ¿Qué importaban, de cualquier modo que fuese, los que se hubiesen dirigido por este camino? Hubiera sido de desear que todos se hubiesen marchado por él, y en este caso lo que convenía era dejarlos, porque en lo sucesivo no podrían influir en los sucesos, por lo menos en los de la jornada en que iba á decidirse la suerte de la Francia.

El cuerpo de Vandamme llegó á las once y media de la mañana á Nil-Saint Vincent, y el de Gerard á la misma hora á Sart-á-Valhain, es decir, el primero había andado tres leguas métricas en tres horas y media, y el segundo dos en dos y media. ¿Era esto perseguir á un enemigo vencido? Mientras que las tropas marchaban, el mariscal Grouchy se detuvo en Sart-á-Valhain para almorzar. Muchos de sus generales se hallaban á su lado: Gerard, que mandaba el 4.º cuerpo, Vandamme, que mandaba el 3.º, Valazé, general de los ingenieros, y

Baltús, jefe de la artillería. De pronto oyeron claramente fuertes detonaciones hacia la izquierda en la dirección de Mont-Saint-Jean. Las detonaciones fueron en aumento. No había la menor duda; era Napoleón que después de haber dado su primera batalla á los prusianos trababa la segunda con los ingleses delante de la selva de Soignes. Movidos por un sentimiento unánime exclamaron los asistentes que era preciso acudir inmediatamente adonde los llamaba el cañón. El más autorizado de entre ellos por su carácter y la gloria adquirida en las últimas campañas, el general Gerard, se levantó y dijo con viveza al mariscal Grouchy que estaba almorzando: «Corramos al encuentro del emperador.» El general Gerard, dotado de un ingenio perspicaz, amable en sus relaciones privadas, pero ardiente en la guerra, expresó su parecer con una vehemencia inusitada. El mariscal Grouchy tenía en los generales Gerard y Vandamme dos subordinados que se creían muy superiores á su jefe, no economizando las ocasiones de manifestar su superioridad. Susceptible para con ellos el mariscal, acogió de mala manera los consejos que le dieron en una forma poco conveniente. El general Gerard, cuya convicción y patriotismo encendían su sangre ardiente por naturaleza, se animaba á cada nueva detonación que oía, y todos los generales, excepto uno, el que mandaba la artillería, apoyaban su dictamen. Si el mariscal Grouchy hubiera visto al oficial que Napoleón le envió la víspera á las diez de la noche no hubiera habido cuestión alguna. Pero este oficial no llegó á su destino, como el mariscal no ha cesado de afirmar durante su vida, y es necesario creerle, porque de lo contrario no hubiera tenido ninguna razón para dudar. Este oficial ¿había sido hecho prisionero?, ¿se pasó al enemigo? He aquí lo que siempre se ha ignorado. De cualquier modo, el mariscal Grouchy podía atenerse á las instrucciones generales que había recibido verbalmente de Napoleón el 17 por la mañana, las cuales le prescribían perseguir á los prusianos, quedando siempre en comunicación con él, á fin de conservarlos separados de los ingleses. Estas instrucciones se desprendían talmente de la situación, que aunque no se las hubiesen dado nunca, ni verbalmente ni por escrito, hubiera debido suponerlas, tan imposible era encomendar ninguna otra misión al ala derecha francesa que la de vigilar á los prusianos y la de colocarse entre ellos y los ingleses. Partiendo de este principio, desde el momento en que se oyó el estampido de los cañones de Napoleón, lo más seguro era acercarse á él para cubrirle y para estorbar que los prusianos trastornasen sus operaciones contra el ejército británico.

El mariscal Grouchy era bravo y atento como un antiguo hidalgo, pero susceptible, de poco ingenio, y ocultando bajo su finura, bajo su galantería, una obstinación poco común. Herido por el tono con que le hablaban sus generales, les respondió con acritud que le proponían una operación, quizás bien concebida, pero ajena á las verdaderas instrucciones que tenía; que sus instrucciones le ordenaban perseguir á los prusianos y no ir al encuentro de los ingleses; que los prusianos se hallaban en Wavre según todas las probabilidades, y que debía seguirlos hasta este punto, sin examinar si era mejor encaminarse hacia Mont-Saint-Jean; que Napoleón era en todas las cosas un capitán cuyas instrucciones no debía permitirse nadie suplir ó rectificar. A

(1) Testimonio del general Berthezene en sus Memorias. (N. del A.)

estas razones contestó el general Gerard que no se trataba de extender ó de rectificar las instrucciones de Napoleón, sino de comprenderlas; que al destacar su derecha en persecución de los prusianos, con orden de comunicarse siempre con él, había querido evidentemente tener á los prusianos distantes y á su derecha constantemente cerca de sí, para poder utilizarla en caso de necesidad; que en aquel momento no se sabía con precisión lo que hacían los prusianos, pero que no podían abrigar más que una de estas dos intenciones, ó avanzar hacia Wavre para llegar á Bruselas, ó recorrer el lindero de la selva de Soignes para reunirse con los ingleses; que en ambos casos, lo más prudente era marchar hacia el sitio en donde resonaba el cañón, porque si los prusianos caminaban hacia Bruselas, ayudarían á Napoleón á derrotar al ejército británico falto de apoyo, y si por el contrario se habían reunido con él los prusianos, realizarían la ejecución exacta y urgente de las instrucciones de Napoleón, que le ordenaban perseguirlos. No había nada que responder á este dilema, y demostraba en el general Gerard una notable sagacidad militar. Por desgracia el mariscal Grouchy, sabía, pero poco convenientemente aconsejado, no escuchó los consejos que le daban y se excusó con las dificultades de su ejecución. ¿Qué distancia había desde el punto en donde estaban hasta Mont-Saint-Jean, la capilla de Saint-Lambert, ó Planchenois?... ¿Cuánto tiempo necesitarían para llegar á cualquiera de estos parajes?... ¿Podrían encaminarse hacia ellos con la artillería?... Estas fueron las objeciones que opuso al consejo que le dieron de acudir al fuego.

El dueño de la quinta en donde almorzaba el mariscal Grouchy afirmaba que tendrían que andar de tres á cuatro leguas para trasladarse al lugar del combate y que podrían llegar en menos de cuatro horas. Un guía, que había servido mucho tiempo con los franceses, prometía conducir al ejército en tres horas y media ó cuatro hasta Mont Saint Jean. El general Baltús, el único en quien encontraba apoyo el mariscal Grouchy, demostró que le inspiraba alguna inquietud el transporte de la artillería. El general Valazé, jefe de los ingenieros, afirmó que con sus zapadores allanaría todas las dificultades. El general Gerard dijo que con tal que llegase con algunas piezas y algunos carros de municiones tendría bastante; que además supliría la falta de la artillería con los cartuchos y las bayonetas de sus soldados; que bastaría con que la cabeza de sus tropas se presentase aunque fuese á alguna distancia, para llamar á sí una parte de las fuerzas prusianas y para sacar al emperador de una posición difícil si se hallaba en ella, ó para completar su triunfo si no corría ningún peligro. Durante esta discusión que á cada momento se animaba más y más, el cañón resonaba con mayor fuerza, y en las filas de los soldados se experimentaba la misma emoción; pero entre ellos no suscitaba contradicciones, y todos se preguntaban por qué razón no los conducían al fuego, por qué dejaban su bravura condenada á la ociosidad, mientras que sus hermanos de armas sucumbían quizás, ó el enemigo se escapaba de sus manos por falta de un socorro de algunos miles de hombres. Cada detonación producía estremecimientos y arrancaba gritos de impaciencia á aquella multitud tan inteligente como heroica.

No cabe duda en que es necesario desconfiar del

impulso del soldado, y como Napoleón ha dicho, la soldadesca, cuando ha sido escuchada, ha hecho cometer tantas torpezas á los generales como la multitud á los gobiernos, lo que quiere significar que es necesario no dejarse llevar por ninguna clase de impulso. Pero en aquellas circunstancias la razón estaba de acuerdo con el instinto de las masas. Eran las once y media, y partiendo á las doce lo más tarde, tenían, como nuestro doloroso relato habrá hecho ver, bastantes horas para poder ser útiles. El cuerpo de Vandamme, el más avanzado, se hallaba en Nil Saint-Vincent, á una escasa legua más allá de Sart-á-Valhain, adonde había llegado el cuerpo de Gerard. Los dragones de Exelmans habían llegado al Dyle. Desde Nil-Saint-Vincent podían dirigirse al puente de Moustier, que por una imprevisión dichosa para los franceses no había guardado el enemigo, lo que era natural, porque viendo que le perseguían hacia Wavre no creyó deber ocupar más que los puentes próximos á esta población. Pasando por este puente de Moustier, y obedeciendo á la sola indicación del cañón, hubieran llegado á Maransart, situado enfrente de Planchenois sobre el mismo borde del barranco por donde se deslizaba el arroyo de Lasne, y en donde Lobau se batía con Bulow. De este modo se hubieran encontrado á espaldas de los prusianos y los hubieran infaliblemente precipitado en el barranco, y destruído, porque para salir les hubiera sido preciso volver á atravesar los bosques en donde tanto trabajo les había costado penetrar. Ahora bien, desde Nil-Saint-Vincent á Maransart hay á lo más cinco leguas métricas, es decir, cuatro leguas regulares, y los soldados devorados por el ardor no hubieran ciertamente empleado más que cuatro ó cinco horas en recorrer este trayecto; la prueba es que desde Gembloux á la Baraque (distancia sobre poco más ó menos igual á la que hay desde Nil-Saint-Vincent á Maransart) el cuerpo de Vandamme, que se puso en marcha á las ocho de la mañana, llegó á las dos de la tarde, después de haber hecho numerosos altos y especialmente uno muy largo en Nil-Saint-Vincent, los cuales ocuparon más de una hora; es decir, que ejecutó el referido trayecto en menos de cinco horas. Es preciso añadir que los caminos desde Gembloux á la Baraque eran los que había recorrido el ejército prusiano, y por consiguiente estaban trabajados, y que los caminos transversales que necesitaban seguir para llegar á Maransart, no habían sido estropeados y eran caminos vecinales anchos y bien cuidados. Los habitantes del país decían que en tres horas y media, en cuatro cuando más, podía recorrerse este trayecto. Aun admitiendo que tardasen cinco horas, lo que era mucho para unas tropas animadas por el entusiasmo, se les concedía el último límite de tiempo, y saliendo á las doce del día llegaban á las cinco de la tarde. El cuerpo de Gerard hubiera podido llegar una hora después, es decir, á las seis, pero la aparición de Vandamme hubiera producido el efecto, y Gerard no hubiera tenido que hacer más que completarle. Ahora bien, como hemos visto, Bulow á las cinco no había todavía cambiado más que algunos sablazos con la caballería de Domón y de Subervic; hasta las cinco y media no empezó su combate formal contra Lobau; á las seis se batía con la guardia joven, á las siete con la guardia veterana, á las siete y media todavía no había nada decidido. Contaban, pues, con

seis, con siete horas para llegar y llegar á tiempo. Hasta puede añadirse que, presentándose á las seis en el sitio de la acción, el efecto que hubieran producido hubiera sido mayor aún que á las cinco, puesto que hubieran encontrado á Bulow comprometido en la lucha, y le hubieran destruído precipitándole en el abismo del arroyo de Lasne. Comprenden nuestros lectores el efecto que este espectáculo hubiera producido en los soldados franceses, en los ingleses, y la fuerza que hubiera encontrado Napoleón en los veintitrés batallones de la guardia, desde entonces disponibles, y lanzados á una contra el agotado ejército británico.

Es verdad que el mariscal Grouchy no podía adivinar todos los servicios que estaba llamado á prestar en esta ocasión, porque había vigilado demasiado mal á los prusianos para estar al cabo de sus designios; pero el dilema del general Gerard subsistía siempre: ó los prusianos se dirigían hacia Napoleón, y entonces acudiendo á su derecha se ejecutaban sus instrucciones que recomendaban seguir la pista de los prusianos y estar siempre en comunicación con él, ó se encaminaban á Bruselas, y en este caso poco importaba descuidarlos porque lograban el verdadero objeto, que era debilitar, derrotar por completo al ejército británico.

Pero el infortunado mariscal no quiso dar oídos á ninguna de estas razones, y á pesar del despecho de sus generales, á pesar del acaloramiento del general Gerard, continuó dirigiéndose hacia Wavre.

Las tropas de los generales Vandamme y Gerard, precedidas de la caballería de Exelmans, prosiguieron su marcha, y las de Vandamme lograron llegar á un punto nombrado la Baraque, un poco antes de las dos. En el camino fué presentándose la evidencia con mayor claridad. Con efecto, se distinguía á través de los huecos que dejaban los árboles de los bosques, lo que pasaba al otro lado del Dyle, y se veían las columnas prusianas que se encaminaban hacia Mont-Saint-Jean. El general Berthezene, jefe de una de las divisiones de Vandamme, lo comunicó al mariscal Grouchy, á quien no hicieron cambiar de opinión estas informaciones. Con todo, en aquel momento había allí que tomar una determinación de las más indicadas, y que hubiera tenido además felices consecuencias, aunque menos felices de lo que hubieran sido si se hubiera encaminado directamente á Maransart. Era evidente que persistiendo en dirigirse hacia Wavre iba á encontrar á los prusianos sólidamente establecidos detrás del Dyle, y para acercarse á ellos necesitaba forzar el pasaje del río, que en Wavre es mucho más difícil de atravesar y debía costar una sangre que importaba economizar. Era, pues, mucho más sencillo pasar el Dyle por Limal ó por Limalette, puentes poco defendidos, fáciles de tomar, y después de atravesados se hallaban á la vista de los prusianos, desembarazados de todo obstáculo y con medios de seguirlos adondequiera que fuesen. Ciertamente hubiera valido más operar este pasaje por la mañana, porque de esta manera hubiera llenado Grouchy á la vez todas las instrucciones que había recibido y que le encomendaban seguir sin descanso á los prusianos y permanecer siempre en comunicación con el cuartel general; pero á las dos todavía era tiempo. Hubiera podido sorprenderlos en marcha cayendo perpendicularmente sobre su flanco izquierdo, lo que compensaba con mucho la inferioridad

del número de fuerzas, y lo menos que hubiera logrado hubiera sido contener á Pirsch I y á Ziethen, que como se ha visto fueron los únicos que ocasionaron el desastre. El mariscal Grouchy no tuvo en cuenta ninguna de estas consideraciones, por más que le mostrasen los cuerpos prusianos que se dirigían hacia el sitio de donde partía el cañoneo, y prosiguió su marcha á Wavre, adonde llegó á cosa de las cuatro. El espectáculo que en este punto se presentó á sus ojos no era de los más satisfactorios para un militar de algún criterio. Tenía delante de sí el cuerpo de Thielmann con veintisiete ó veintiocho mil hombres, fuertemente establecidos en Wavre y pudiendo tener en jaque á un ejército doble ó triple en número durante un día entero. ¿Qué hacer en vista de semejante posición? Atacar á Wavre era exponerse á sacrificar inútilmente muchos hombres y acaso para no triunfar, mientras que sesenta mil prusianos podían en este intervalo llegar á Mont-Saint-Jean; no hacer nada era asistir con los brazos cruzados á sucesos decisivos sin llenar ninguna de las instrucciones recibidas. Sin embargo, de hacer alguna cosa, lo mejor era volver pies atrás para apoderarse de los puentes de Limal y de Limalette, delante de los cuales habían pasado sin pensar en ocuparlos, y que opondrían infinitamente menos resistencia que el de Wavre. El general Gerard expuso todas estas observaciones al general Grouchy, quien se obstinó en su ceguedad, y viendo á los prusianos en Wavre, dedujo que, siendo su misión perseguirlos, debía atacarlos en dondequiera que se le presentasen. Quizás no se ha visto en la historia un ejemplo como este de falta de inteligencia.

En aquel momento llegó por fin el oficial polaco Zenovicz, que, debiendo salir de la Belle Alliance á las diez y media, no partió de este punto sino una hora después por culpa del mariscal Soult, y que para no ser aprehendido retrogradó hasta los Quatre-Bras, y fué desde este punto á Sombreffe, desde Sombreffe á Gembloux y desde Gembloux á Wavre, no llegando hasta las cuatro, gracias á la lentitud del mariscal Soult y á los rodeos que había hecho. Este oficial llevaba el despacho que ya hemos mencionado, y que por desgracia era todavía muy ambiguo.

Después de indicar la presencia de las tropas prusianas en la dirección de Wavre, añadía el mayor general:

«El emperador me encarga preveniros que Su Majestad va á atacar al ejército inglés, que ha tomado posición en Waterloo, cerca de la selva de Soignes; así pues, Su Majestad desea que dirijáis vuestros movimientos hacia Wavre, á fin de que os acerquéis á nosotros, de que obremos de acuerdo y de que establezcamos comunicaciones, empujando adelante á los cuerpos prusianos que se han lanzado por esta dirección y que hubieren podido detenerse en Wavre, adonde debéis llegar lo más pronto posible. Haréis que algunos cuerpos ligeros sigan á las columnas enemigas que se han adelantado por vuestra derecha, á fin de observar sus movimientos y de apresar sus rezagados. Comunicadme inmediatamente vuestras disposiciones y vuestra marcha, del mismo modo que las noticias que tengáis acerca de los enemigos, y no os descuidéis en establecer vuestras comunicaciones con nosotros. El emperador desea recibir con frecuencia noticias vuestras.»

Este despacho redactado con una ambigüedad de-

plorable, interpretado con arreglo á su verdadero sentido y en vista de la situación, no significaba más que una cosa, lo de que en vez de seguir el camino de Lieja, en el que por un momento habían buscado á los prusianos, era preciso tomar el de Bruselas, en donde se sabía positivamente que se hallaban, y esta dirección se expresaba en el despacho con la designación general de Wavre. Esto no quería decir que Wavre debía ser precisamente el punto adonde debía Grouchy encaminar sus miras, puesto que estas palabras: *á fin de que os acerquéis á nosotros, de que obremos de acuerdo*, acompañadas de la recomendación expresa y dos veces enunciada de establecer las comunicaciones con el gran cuartel general, revelaban el pensamiento de hacer concurrir el cuerpo de Grouchy á la acción principal. En todo caso el comentario verbal del oficial Zenovicz no podía dejar la menor incertidumbre. Napoleón, como se ha visto, mostrándole el horizonte y volviéndose hacia la derecha, le dijo: *Grouchy avanza en este sentido: por allí es por donde debe venir; lo espero; apresurad vuestro encuentro con él y no le abandonéis hasta que se halle á punto de llegar á nuestra línea de batalla*. Era preciso ser enteramente ciego para resistir á semejantes indicaciones. A todas luces se comprendía que Wavre era una expresión general, significando la dirección de Bruselas en contraposición de la de Lieja, y que respecto del punto adonde era preciso llegar aquel día, se hallaba indicado por la situación de las cosas, por la acción de Napoleón, por sus palabras y por el envío del oficial Zenovicz. El mariscal Grouchy no vió en el doble mensaje escrito y verbal más que la orden de encaminarse á Wavre. «Razón tenía, dijo á sus generales, de querer ir á Wavre.» El general Gerard, fuera de sí, y con palabras y acciones violentas, le apostrofó en estos términos: «Bien te anuncié que si nos halláramos perdidos sería por causa tuya.» Las palabras más provocativas que pueden darse siguieron á este apóstrofe, y el ayudante Zenovicz se retiró para que su presencia no aumentase la gravedad de esta escena. El mariscal Grouchy persistió, y como para obedecer mejor sus instrucciones ordenó contra Wavre un ataque de los más enérgicos.

El cuerpo de Vandamme se encargó de ejecutar este ataque y dió principio á él acto continuo; pero los prusianos se hallaban situados de un modo muy favorable para hacer inútiles todas las tentativas de los franceses. La división Habert se dirigió hacia el puente de Wavre y en un instante le cubrió con sus muertos sin haber logrado alterar al enemigo. El 4.º cuerpo se hallaba poco distante del de Vandamme. Cuando llegó su jefe, el general Gerard, con el presentimiento de que el ejército francés sucumbía por falta de socorros, se lanzó como un desesperado sobre el molino de Bierges en donde había un puente situado un poco más arriba que el de Wavre, y allí hizo lo posible para que lo matasen. El ilustre general, que hubiera salvado á la Francia si le hubieran escuchado, buscaba la muerte y faltó poco para que la encontrase. Atravesado su cuerpo por una bala, cayó en tierra y no se apoderó del puente.

Durante este tiempo se escuchaba siempre en aumento el cañoneo de Waterloo, y todos estaban persuadidos de que se perdía una sangre preciosa delante de posiciones á la vez imposibles é inútiles de forzar,

mientras que habían dejado á la izquierda los puentes de Limal y de Limalette, por los cuales cuatro horas antes les hubiera sido muy fácil pasar y llevar un socorro decisivo al grande ejército. Así, pues, durante el día hubiera podido tres veces salvar á la Francia: la primera, saliendo á las cuatro de la mañana de Gembloux para atravesar el Dyle, lo que hubiera obligado á los franceses á ver y á seguir los movimientos de los prusianos; la segunda, tomando á las doce del día el partido de marchar desde Sart-á-Valhain á Maransart, con lo cual hubieran llegado á las cinco, á las seis lo más tarde, cerca de la retaguardia de Bulow; y la tercera, pasando los puentes de Limal y de Limalette á las dos de la tarde cuando se apercebían cuerpos prusianos encaminándose hacia Mont Saint Jean, medida que hubiera permitido á las tropas de la derecha contener á Pirch y á Ziethen. En cada una de estas tres veces el mariscal Grouchy cerró los ojos ante la evidencia, y se notaba claramente que la Providencia había condenado á los franceses, escogiendo al mariscal Grouchy para castigarlos. ¡Y el desgraciado, no cesaremos de calificarle de este modo, obraba de buena fe! El único sentimiento reprehensible en él era la disposición que tenía para juzgar los consejos de los generales, más con arreglo á su forma que á su valor intrínseco.

Por fin, á las seis de la tarde cayó de sus ojos la fatal venda que los cubría. El oficial que se puso en marcha á la una, después de la carta interceptada del general Bulow, llevaba á Grouchy un nuevo despacho ampliando el precedente, probando que Wavre, en vez de ser una designación precisa, no era más que una designación general; que debía fijar sus miradas en el paraje en donde se hallaba el ejército francés, en la situación que tenía, procurando ligarse con él, y dirigirse á los prusianos atacándolos por la retaguardia, con cuyo movimiento perecerían por encontrarse entre dos fuegos.

El pensamiento del mayor general se aclaró por fin, y logró penetrar en la mente cerrada del mariscal Grouchy. Desde entonces no titubeó más, pero ya había pasado el tiempo en que podía ser útil. Napoleón había sucumbido, y Gerard y un gran número de valientes habían caído delante de Wavre sin ningún beneficio, sin ninguna ventaja para la salvación de la Francia. El mariscal Grouchy dió acto continuo las órdenes oportunas para que ocupasen sus tropas los puentes de Limal y de Limalette. Tenía detrás á Pajol, á quien por la mañana había enviado con su caballería ligera y la división Teste en dirección de Lieja para seguir á los prusianos por aquel lado, y que se hallaban de vuelta después de haber andado cerca de doce leguas en el día, prueba evidente de que hubieran podido andar cinco ó seis en medio día. El mariscal les confió la misión de apoderarse del puente de Limal, lo que fué ejecutado sin dificultad, porque los prusianos no tenían allí más que una escasa retaguardia. Pero cuando este puente fué conquistado, yo no se oía el estampido del cañón y una calma mortal reinaba en la comarca. Grouchy, para consolarse, se complacía en suponer que la batalla de Waterloo había sido ganada, y lo decía á sus generales. Necesitaba creerlo así, y esta necesidad hartó concebible, si no hacía honor á su inteligencia, por lo menos lo hacía á su corazón!

Pero no todos participaban de sus creencias y de su

confianza. El general Gerard, con una herida que parecía mortal, resignado á morir, no abrigaba más que un pensamiento, el de que Francia había sucumbido, y esta idea le hacía sufrir mucho más que su herida. Pasaron una noche tristísima. Al día siguiente, muy de madrugada, todo el mundo desde Wavre á Limal estaba ya de pie é impaciente por saber los sucesos de la víspera, porque continuaba reinando un siniestro silencio en la llanura, y sobre todo en la dirección de Mont Saint Jean. Por fin llegó el oficial enviado desde Charleroy á las once de la noche, y anunciándoles el desastre, les prescribió que se retirasen hacia Namur. El mariscal Grouchy, revelando en su rostro la consternación del hombre honrado que se equivoca, pero que procura justificarse, dijo á sus generales, que le miraban con demasiado dolor para experimentar cólera alguna: «Señores, cuando conozcáis mis instrucciones veréis que he debido hacer lo que he hecho.» Nadie le replicó, porque en efecto no era aquel el momento de disputar, y necesitaban salir del peligro en que se hallaban, toda vez que, separados de los restos del ejército francés, tenían encima dos ejércitos victoriosos. El comandante del ala derecha emprendió inmediatamente la marcha con todas las fuerzas que se hallaban en torno suyo, tomando el camino de Mont Saint Guibert y de Namur, y ordenó á los cuerpos de Gerard y de Vandamme que se dirigiesen al mismo punto por Gembloux. Pero ¿qué sería de ellos, si con treinta y cuatro mil hombres se encontraban los ciento cincuenta mil hombres victoriosos que conducían Wellington y Blücher?

Tales fueron los sucesos acaecidos en el uno y en el otro teatro de operaciones durante la funesta jornada del 18 de junio de 1815, que los ingleses han llamado batalla de Waterloo porque el boletín fué fechado en esta aldea; que los prusianos han llamado batalla de la Belle-Alliance, porque en este punto fue donde combatieron; que Napoleón ha llamado batalla de Mont Saint-Jean, porque sobre la meseta de esta colina fué donde hizo prodigios el ejército francés; y que nosotros llamamos á nuestra vez batalla de Waterloo, porque el uso, soberano tratándose de apelaciones, lo ha establecido así. Las torpezas y los méritos de esta funesta jornada pueden ser fácilmente apreciados por cualquiera que, desentendiéndose de toda prevención, quiera aplicar para juzgarlos las simples luces del buen sentido.

Hemos visto los motivos que decidieron á Napoleón á tomar la defensiva contra la Europa coligada de nuevo, y ciertamente estas motivos eran de mucho peso. La columna invasora del Este al mando del príncipe de Schwartzberg, la del Norte al del duque de Wellington y del mariscal Blücher, avanzaban á más de cien leguas la una de la otra, y la segunda llevaba á la primera un mes lo menos de adelanto. Aprovechase de la circunstancia de su separación desde el punto de vista de la distancia y del tiempo, era, pues, una cosa que estaba sumamente indicada; porque esperándolas, proporcionándoles los medios de reunirse, se corría el peligro de consentir la invasión de las más bellas provincias de la Francia después de haberles privado de sus más útiles ciudadanos para constituir con ellos los milicianos nacionales movilizados; además se corría el riesgo no menos grave de tener que luchar contra quinientos mil hombres, masa enorme; y por más que Pa-

rís estuviese á sus espaldas bien defendido, por más que Napoleón contase con doscientos cincuenta mil hombres de tropas activas, era muy aventurado permitir la formación de semejante masa de fuerzas, tanto más cuanto que era posible combatirla antes de que llevase á cabo su formación. Por lo demás el plan de la ofensiva no excluía más tarde la defensiva. Con efecto, si después de haber procurado rechazar la invasión volvían los franceses á traspasar la frontera y á internarse en el centro, las provincias abandonadas al enemigo no podían quejarse, y si un desastre prodigioso no señalaba el comienzo de la campaña, la transición de la ofensiva á la defensiva podía operarse como se opera todos los días en la guerra por capitanes mucho menos hábiles que Napoleón.

Era, pues, un plan más juicioso, y que la posteridad no podrá censurar, el de querer aprovecharse de la distancia de lugar y de tiempo que separaba á las dos columnas invasoras para procurar destruir la del Norte antes de la llegada de la del Este. Era un pensamiento profundísimo, y que la posteridad en vez de censurar admirará, el que Napoleón tuvo al creer que encontraría entre los ingleses y los prusianos á pesar del interés que tenían en permanecer estrechamente unidos, al creer que encontraría, repetimos, á causa de la diferencia de sus puntos de partida, porque los unos procedían de Bruselas y los otros de Lieja, un paraje por el cual podría interponerse entre ellos para separarlos y combatir á los unos después de los otros. Admirando esta circunstancia con la doble experiencia del genio y de una sagacidad sin igual, Napoleón, engañando al enemigo con las más hábiles demostraciones, logró en cinco ó seis días concentrar sus cuerpos de ejército que partían los unos para Metz, los otros de Lille y de París, de tal modo que el 14 de junio por la noche se reunieron en la selva de Beaumont ciento veinticuatro mil hombres y trescientos cañones sin que los prusianos se apercebiesen de ello, á pesar de tener sus avanzadas á dos leguas de distancia. El 15 por la mañana atravesó Napoleón las filas de árboles que le ocultaban al enemigo, se apoderó de Charleroy en presencia de los prusianos y de los ingleses, y el 15 por la noche tomó posición entre los dos ejércitos aliados, sorprendidos, confundidos ante su inesperada y súbita aparición. La historia de la guerra no ofrece un ejemplo semejante como seguridad, precisión y fortuna de ejecución.

Sólo una cosa hubo que lamentar en esta jornada, tal fué que Ney, el audaz Ney, careciese de audacia en los Quatre-Bras y no hubiese ocupado este punto, separando irrevocablemente á los ingleses de los prusianos. Pero de hecho se hallaban bastante separados, puesto que los prusianos, al alcance de Napoleón, iban á verse obligados á batirse sin el concurso de los ingleses, y todavía sería tiempo al día siguiente de apoderarse de los Quatre-Bras, que la víspera habían dejado de ocupar.

Así pues, hasta entonces el ejército había correspondido á la grandeza, á la profundidad de las combinaciones. El 16 era preciso comenzar por combatir á los prusianos que se hallaban enfrente, á fin de poder dirigirse contra los ingleses en cuanto los primeros fuesen vencidos. ¿Importaba absolutamente que este com-